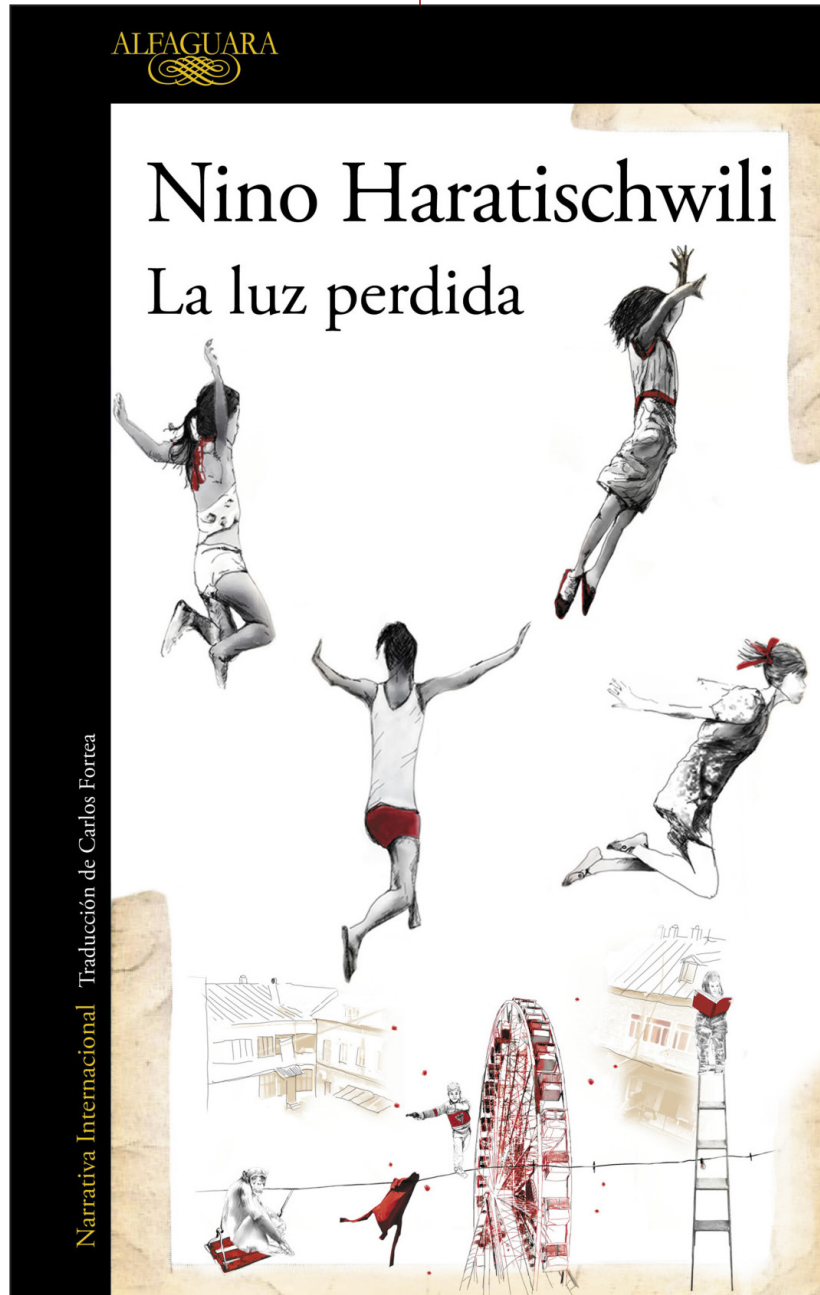




# Guía de lectura



Penguin Club de lectura

## LA OBRA

El siglo XX llega a su fin y en la Georgia soviética los gritos de autodeterminación se oyen cada vez más alto. El destino de cuatro niñas radicalmente diferentes se ve unido por el patio que separa sus casas en un barrio de Tbilisi. Juntas, Dina, Nene, Ira y Keto, la narradora, navegan el final de la infancia y el comienzo de la vida adulta, experimentan su primer gran amor y se enfrentan a la violencia y la precariedad que es-

tallan con la independencia del país y la llegada de una turbulenta democracia que acabará por abrir una brecha ineludible entre sus familias.

Con ecos de Elena Ferrante, *La luz perdida* es una epopeya de amistad y traición en el contexto de un país que empieza a dar sus primeros pasos, una revolución que arrasa con la juventud y una constante lucha contra un futuro de separación y dolor.

## SINOPSIS

Después de las novelas aclamadas por la crítica y el público *La octava vida* y *El gato y el general*, llega *La luz perdida*, la última y apasionante historia de Nino Haratischwili (Tbilisi, 1983), la escritora georgiana afincada en Alemania.

El lector tiene ante sí un volumen de setecientas veinte páginas donde Haratischwili expone su mejor prosa y una trama llena de vericuetos. Dina, Nene, Ira y Keto son cuatro amigas que, como las amigas de la tetralogía de Elena Ferrante, Lila y Lenù —*La luz perdida* tiene no pocas semejanzas con la saga de su homóloga italiana, una historia de amistad y amor que camina por un sendero paralelo al de la historia reciente de un país, en este caso, Georgia—, se ven envueltas en la convulsa historia de un país en guerra consigo mismo. La infancia de estas cuatro muchachas, además de amigas, vecinas del mismo patio de Tbilisi, está ambientada en los últimos años de la Unión Soviética y,

tras la caída del comunismo, durante los noventa, los años de la lucha por el poder en Georgia y la guerra por Abjasia.

La narradora de esta historia, la voz que articula el relato de varias décadas de vida y amistad, es la de Keto, madre soltera, restauradora de arte de fama internacional, la mejor amiga de Dina, sin duda, el personaje que encarna toda la violencia a la que fue sometida la sociedad georgiana y, sobre todo, sus jóvenes, en la década de los noventa.

La historia comienza en Bruselas en 2019 cuando Keto acude a la llamada de la hermana de Dina, Anano, que ha organizado una exposición retrospectiva de su hermana, una fotógrafa de guerra que alcanzó reconocimiento mundial. Allí están también Ira y Nene. Las tres mejores amigas de la adolescencia hace años que apenas se ven ni cruzan la palabra. A estas alturas, Dina lleva ya diecinueve años muerta.

Cada capítulo de *La luz perdida* tiene por título el nombre de una de las fotografías de la exposición. Keto se asoma a esas imágenes que le dan pie a recordar y rememorar la historia de la relación con su pasado. Empujada por la nostalgia y el dolor por todo lo que no pudo ser, la Keto madura hace un repaso de su infancia, su familia —un padre matemático, dos abuelas enfrentadas por la lengua y un hermano que acabó siendo un capo de la mafia georgiana—, sus amigas, las cuatro inseparables de Tblisi, y todo lo periférico a ellas cuatro: sus hermanos, sus amores y la brutal violencia que las hizo tomar caminos tan distintos.

Justo cuando la Unión Soviética se derrumba y la autoridad estatal desaparece, las bandas criminales toman el control del país. Para la mayoría de los

muchachos en el entorno de las cuatro amigas solo habrá dos salidas posibles: estar en un bando o en otro de la mafia. La sangre correrá por las calles como si fuera agua de lluvia.

Cada una tomará un camino distinto: Ira se convertirá en abogada e intentará salvar a sus amigas aunque sea traicionando a sus hermanos; Nene aceptará el sacrificio con tal de gozar un poco más de la vida, Keto intentará huir todas las veces posibles, escapar de su destino y hacerse un nombre en la restauración. Y Dina, oh, Dina estará en el centro de todo: su cuerpo será moneda de cambio entre las dos bandas mafiosas, entre Zotne y Rati, hermanos de Nene y de Keto, respectivamente, viajará a Abjasia cuantas veces pueda para fotografiar el horror y la muerte y ser testigo de la violencia y la vergüenza de la guerra.

# EXTRACTOS SOBRE LOS PERSONAJES

## LAS CUATRO AMIGAS ANTE EL DERRUMBE

---

Entonces también Ira se lanzó a correr para alcanzar a Nene. Hasta donde puedo recordar, Nene era la única persona en la vida de Ira por la que era capaz de tirar por la borda su disciplina, su pragmatismo y su sobriedad en cuestión de segundos. Que Ira estuviera participando de nuestra excursión nocturna, del todo irracional, al jardín botánico se debía también al espontáneo consentimiento de Nene. Cuando le hicimos la propuesta, jamás habríamos imaginado que Nene superaría tan fácilmente su indecisión y el miedo a su familia. Cuando declaró—en el recreo grande, en el patio del colegio, entre el ruido de los niños que pasaban corriendo— que «por supuesto que iba con nosotras», nos miramos incrédulas, y durante el cuarto de hora siguiente ella representó el papel de princesa ofendida..., uno de sus papeles favoritos. Todos los intentos de Ira de apartar a su amiga de esa «tonta idea» fracasaron, así que a Ira no le quedó más remedio que aceptar apretando los dientes.

Por algún motivo que se nos escapaba, desde el principio Nene había despertado una especie de instinto protector en Ira, un poco niña vieja. Siempre tendía su mano fuerte, disciplinada, protectora, sobre la cabeza de Nene, fácil de seducir, impulsiva y guiada por confusas emociones, como si esperase a cada minuto que Nene hiciera algo imprudente para dar la cara por ella en ese momento, armada para cualquier combate. Y ahora corría tras ella para ayudarla en cuanto se sumergiera en la paralizante oscuridad del túnel. La lluvia caía con más fuerza. Me eché la mochila al hombro y corrí también. Dina me siguió, y no sé qué hizo que las dos rompiéramos a reír en el mismo instante. Quizá era la conciencia de que estábamos siguiendo la pista a la suerte. Y esa suerte sabía a ciruelas verdes y a polvorienta lluvia de verano, a emoción, incertidumbre y muchos presentimientos espolvoreados de azúcar glas. (pp. 15-16)

Hijas de aquel tiempo, soportábamos aquellas versiones de nosotras mismas, presentadas con cierta sequedad, como si conceptos como «lucha por la independencia», «guerra civil», «manifestaciones aplastadas», «crisis económica» no tuvieran nada que ver con nosotras, como si solo conociéramos de oídas aquellos conceptos, como si ni siquiera hubieran rozado nuestras vidas. (p. 119)

En aquel momento, mirábamos un cielo de septiembre furioso y cubierto de nubes. El cambio estaba en el aire, pero nosotras teníamos cosas más importantes que hacer que preocuparnos de la política. Lo único que contaba era el ahora. Hacíamos todo lo posible por sustraernos al bombardeo constante de la propaganda que salía azulada de la pantalla del televisor y al toque de queda impuesto sobre la ciudad desde el 9 de abril. Huíamos cuando los adultos volvían a enredarse en excitadas discusiones políticas, sostenidas a diario, incluso en el patio, entre los vecinos. No queríamos hablar ni de la «cuestión abjasia» ni de la «cuestión nacional», no queríamos ni discutir los «problemas de las minorías» ni contar los muertos que habían dejado la vida hacía pocos meses en la manifestación del 9 de abril, y a los que todos los días nos recordaban los tulipanes rojos del bulevar Rustaveli. Incluso conseguimos ignorar a los soldados que patrullaban y los tanques rusos que bloqueaban las principales avenidas. (pp. 145-146)

### KETO

Es cierto: era una niña tímida, retraída, siempre a la sombra de mi complicado y acalorado hermano, que siempre ocupaba el centro y atraía toda la atención..., lo que me permitía dedicarme a mí misma. Y eso lo hacía de manera minuciosa y extensa. El mundo me parecía demasiado rápido y voluble, quería ir con calma al fondo de las cosas. Lo que más me ayudaba para eso eran mis lápices y mis cuadernos de dibujo, sin los que casi nunca salía de casa. Dibujaba en clase cuando me aburría, huía de la realidad. Dibujaba durante la comida en las servilletas de papel plegadas, pintaba con tiza en las paredes de nuestro patio. Dibujaba objetos y personas, a veces con la mayor fidelidad posible a la realidad, a veces como constructos indefinibles, abstractos, que yo misma no podía explicarme; retrataba a Rati y sus amigos en todas las situaciones imaginables, a mi padre cuando escuchaba ensimismado jazz, dibujaba a los gatos de Nadia Aleksandrovna y a Tarik con un perro callejero, las manos de Babuda uno y las horquillas para el pelo de Babuda dos mientras me leía un poema de Verlaine traducido por ella, dibujaba los cipreses interminables de Sololaki y los empinados balcones de pizarra de las casas. Adoraba a mi padre, pero ya desde pequeña intuía que a diario se preguntaba si no habría sido mejor para él renunciar a fundar una familia. (pp. 78-79)

**DINA**

Yo la imité, desbordada y confusa, y al mismo tiempo se me ocurrió que ya debían de estar buscándome, pero mi curiosidad era más fuerte, no podía separarme de ella, aún no. Emanaba de ella tanta fuerza, tanta energía bulliciosa. La seguí y entramos al jardín, que estaba separado del resto del patio por una cerca baja, un pequeño espacio cuadrado con lirios y rosales, un albaricoquero, una morera, un granado y una estrecha mesa de madera en la que los hombres solían reunirse a jugar al backgammon y beber vino. Al borde se alzaba un orgulloso ciprés, también había un columpio viejo y abandonado y un chirriante balancín. Aunque conocía el jardín como el forro de mi blusa, en aquel momento me sentí como si entrara por primera vez en él, como un país encantado dentro de un continente sin descubrir. En ese mismo instante comenzaron a susurrar los árboles, la brisa se convirtió en un viento racheado, en el cielo se estaba formando algo, se anunciaba una fuerte tormenta de verano. Pero a mí no me importaba, sentía el torbellino de algo grande, que me resultaba a la vez ajeno y familiar. Ella se agarró al columpio y me llamó. Al principio pensé que quería que le diera impulso, pero exigió que me sentara en el estrecho asiento y se encaramó detrás de mí. Tomó impulso con las piernas, volvió a acuclillarse ligeramente, y empezamos a columpiarnos cada vez más alto, en contra del viento. Su peso me apretaba la espalda, sentía su calor, su fuerza, y una novedosa sensación se abría paso en mi interior: me sentía invencible, en aquel momento me sentía como si fuéramos las reinas del mundo. Y quizá lo éramos, quizá nuestra audacia, nuestra alegría por habernos encontrado, nos facultaba para serlo.

Cuando tengo que explicarle a alguien lo que me unió a Dina, lo que finalmente me hizo sumergirme en ella como en un mar profundo e insondable, comienzo a balbucir y me pierdo en banalidades. Nunca he podido entenderlo del todo, aunque en algunos aspectos creo haberme acercado a la verdad. La verdad sobre esa amistad que ha sobrevivido a todo, incluso a la muerte. (pp. 84-85)

**NENE**

A lo largo de toda su infancia, Nene deseó ser una niña con volantes, zapatos de charol y vestidos de vuelo, llevar bisutería y las uñas pintadas, que la quisieran y mimasen. Vivía en un mundo de hombres tan hermético que ansiaba a toda costa oponerle algo, algo que no estuviera al alcance de ellos. Nunca llegué a formarme una auténtica idea del padre de Nene, que murió demasiado pronto. ¿Había sido un criminal convencido, o solo estaba a la sombra de su poderoso hermano? Oficialmente trabajaba en una tabacalera; oficiosamente, ejecutaba ciertos encargos de su omnipresente hermano, que por entonces aún estaba cumpliendo una de sus innumerables penas de prisión, pero desde la

cárcel ordenaba y mandaba. Así que el padre de Nene tenía que llevar mensajes secretos, recaudar dinero de deudores, pronunciar la palabra decisiva de su hermano en diversos conflictos y litigios. Sabíamos que había sido víctima de un necio conflicto entre dos cómplices de Tapora. Aquel joven, que pagó con la vida su ilimitada confianza en su hermano mayor, dejaba dos hijos de seis y tres años y una mujer embarazada.

Tapora solo quedó libre dos años después del acontecimiento, pero se contaba que hizo liquidar de manera brutal al asesino desde la propia cárcel: lo hallaron en un bosque, desnudo y con nueve puñaladas en el cuerpo. Tapora salió en libertad y en libertad quedó. No sé si lo hizo porque se sentía culpable con la viuda y los hijos de su hermano o porque, con la muerte de este, entraba en posesión de una familia suplementaria cuando, por su posición, le había sido negado tener una propia. Se convirtió en padre oficioso de los Koridze. En torno a esa familia no dejaban de trenzarse leyendas, una de las cuales decía que ya en su juventud Tapora había estado enamorado de Manana, y que por tanto la muerte de su hermano también le había reportado grandes ventajas. Hasta hoy, sigo sin tener respuesta a si Manana simplemente se entregó a su destino o si de hecho consideraba esa vida la correcta y se puso de buen grado bajo la tutela de su activo cuñado. Siempre que pienso en Manana veo a esa mujer alta, pesada, vestida de negro de los pies a la cabeza, que apenas reía, que más bien estaba triste y agobiada la mayor parte del tiempo y sufría fuertes migrañas que a veces la condenaban a un mudo aislamiento en completa oscuridad durante varios días. Era conservadora hasta la médula y rechazaba con vehemencia cualquier alejamiento de la norma. Sus rasgos siempre revelaban cierto cansancio, pero detrás de esa máscara se ocultaba algo diferente, una aterradora resignación. Me habría gustado verla cuando era una cría, antes de que la vida la reuniera con los hermanos Koridze. Aun así, gracias a ese titán imprevisible llevaba una vida libre de preocupaciones económicas, en una casa grande, y sabía que sus hijos jamás pasarían necesidad y tendrían todo lo que necesitaran..., con una excepción: la libertad de vivir la vida que quisieran vivir. (pp. 127-128)

## IRA

Mira a Ira. Ira baja la vista. Nene sigue ejerciendo un inexplicable poder sobre ella, y lo sabe.

—Quise liberarte, quería que fueras libre, ¿cuándo vas a entenderlo de una vez? —dice Ira, y enseguida me doy cuenta de que habría hecho mejor en cerrar la boca y dejar que pasara esa tormenta.

—Liberar, liberar, ¿has oído? ¿Has oído eso, Keto? ¡Quería liberarme! ¡Ha destruido a mi familia y metido a mi hermano en la cárcel! Nos ha espiado como



si fuera del KGB y transmitido informaciones privadas que yo le había dado en confianza. ¿Y a eso lo llama «liberar»?

—Lo siento —implora Ira—, ¿cuántas veces tengo que decírtelo? Lo hice sabiendo que era la única opción. Y que tenía que hacerlo a tus espaldas para no ponerte en peligro. No quieres entenderlo, pero sin mi ayuda nunca habrías podido salir de ese círculo infernal.

Su voz se quiebra, toda su seguridad en sí misma parece haber desaparecido.

—¿Nunca se te ha pasado por la cabeza que tal vez yo no quería salir de él?

El tono de Nene sigue siendo cortante, no está dispuesta a retroceder, no quiere suavidad alguna, está llena de ira, llena de aversión, y disfruta de no tener que seguir refrenándola.

—¿Así que fue tu libre voluntad no estar con Saba, no dar a Luka el apellido de su padre sino el de un lacayo de tu tío? ¿No querías decidir con quién pasar tu tiempo, con quién irte a la cama? ¿Tampoco querías estudiar, viajar, probar cosas?

—Si el precio era la ruina de mi familia, no — dice resuelta, y apura su copa de un trago.

—Y, sin embargo, te encontrabas con Saba en secreto, y más tarde quisiste cambiar el apellido de Luka por Iashvili. ¿Por qué te has buscado un ejército de amantes, si no era todo eso lo que querías?

—¡Todo eso te importa una mierda, Irine Zhordania!

Ella sabe cuánto odia Ira que la llamen Irine, que ha hecho todo lo posible porque Irine pertenezca al pasado. Pero, al parecer, el esfuerzo ha sido vano, al parecer en una orilla invisible para la mayoría sigue estando la pequeña Irine, con sus gafas y su uniforme escolar pardo, sus cabellos severamente peinados hacia atrás, y saluda incansable y triste a la exitosa abogada y activista por encima de todas esas décadas.

—¡No tenías derecho a abusar de mi confianza, no tenías derecho a actuar a mis espaldas, no tenías derecho a espiarnos, no tenías derecho a dirigirte a esos medios de comunicación de mierda, me traicionaste y destruiste a mi familia!

A cada palabra Nene sube el volumen, y siento las miradas confusas de quienes nos rodean como estridentes focos.

—¿Qué familia? ¿La familia que te vendió como un penco a completos desconocidos? Tú no has tenido vida, te lo han quitado todo, no has podido amar...

—¡Aun así, a ti nunca te habría querido, no a tu manera, da igual lo libre que hubiera sido! ¡Eso es lo que tienes que comprender! No tengo «inclinaciones desviadas», me gustan los rabos, ¿comprendes?

Enmudecemos. Sus frases gotean sobre nosotras como breaapestosa, todo se pega, no podemos movernos, tan solo sentimos sobre nosotras el peso de toneladas de esa masa densa y grave. Me gustaría tanto abrazar a Ira, acunarla en mis brazos, taparle los ojos y los oídos. (pp. 584-586)

## EXTRACTOS POR TEMAS

### UN MUNDO QUE SE DERRUMBA

Reconozco mi ciudad, reconozco las calles, al fin y al cabo yo iba con ella en el coche mientras se asomaba por la ventanilla con su cámara, con el torso expuesto al viento de la marcha, con su maravilloso y sencillo vestido, chillando de camino a una nueva vida, a la libertad; de camino a su propio baile de graduación, al que la acompañaba el que entonces era su amigo oficial. Levan, el perplejo y feliz Tarik y yo íbamos sentados en el asiento trasero.

De pie delante de las imágenes, tengo la sensación de haberme perdido algo decisivo, de haber pasado por alto algo importante. Al mismo tiempo, me llena de un orgullo insospechado llevar ventaja a toda esta gente que me rodea, que mira con tantísima atención las imágenes expuestas en blanco y negro. En una de las fotos más pequeñas que hay a mano derecha veo el puente de Narikala, por el que pasábamos cuando ella disparó la foto del cartel electoral medio desprendido que flameó en la barandilla al viento que el coche levantó al pasar. «Mesa redonda» – «Georgia libre», leo en él, y veo en un jirón fragmentos del primer presidente, su brazo y sus hombros, una parte de su frente y sus ojos. Ya no se lee el eslogan electoral, la foto es muy poco

nítida. Y, aunque era un día cálido, da la impresión de que era frío y ventoso, y de que los dos transeúntes borrosos en el puente están huyendo de algo.

Las elecciones, sí, las elecciones y la absurda tarta de Babuda con ese motivo. Aquel día fue casi tempestuoso, el viento lo alborotaba todo: polvo, hojas, esperanzas, miedos y la ropa en las cuerdas del tendedero. Por primera vez desde la soviétización de Georgia, había una elección multipartidista para el Sóviet Supremo. Las reacciones fueron variadas: triunfo y alegría en Babuda dos ante la victoria de los nacionalistas y su gran esperanza, Gamsajurdia, y en Eter espanto e indignación ante la elección de ese «esotérico radical», una denominación que se me ha quedado grabada. Babuda dos ignoró los reparos de Eter e hizo aquella tarta, que adornó para la solemne oportunidad con la bandera georgiana. (pp. 174-175)

### LAS BABUDAS: ETER Y OLIKO

En todo caso, era difícil sustraerse a la propia familia: porque después del 9 de abril, el gas tóxico, las palas que golpearon las cabezas, sienes y nuca de los manifestantes, las calles inundadas de sangre, los cadáveres cubiertos con sá-

banas y las esperanzas despellejadas, en Babuda dos había despertado una decisión carente de miedo que realmente podía ser temerosa. Su carácter conciliador y armonioso se había transformado en algo inflexible e iracundo. El odio al sistema que se lo había arrebatado todo, reprimido durante años, se abrió paso y transformó en una ciega agitadora a la por norma tan suave y cariñosa Oliko.

—A ese habría que lapidarlo y ahorcarlo. Habría que perseguirlo por las calles y lincharlo, ¡sí, lincharlo por todo lo que nos ha hecho! —bufaba mientras escuchaba en la televisión el mensaje de Año Nuevo de Gorbachov—. ¡Y en Europa se creen que es un hombre inteligente y que quiere la paz para todos los pueblos! Cómo se puede estar tan ciego. Basta con que les hayan abierto el Muro y ya no quieren ver ni oír nada —seguía despotricando mientras mi padre descorchaba el champán y esperaba con rostro solemne para brindar con nosotros por el nuevo año 1990—. Tan solo es algo astuto y, para variar, no es un borracho, un paleta o un psicópata como sus predecesores. ¡Pero nos va a arruinar igual!

Oliko no lograba tranquilizarse. Nosotros rodeábamos la mesa desconcertados, en algún momento Rati se levantó y apagó la tele para que por fin pudiéramos brindar y desearnos lo mejor, pero no fue posible, claro está, porque entonces fue Babuda uno la que explotó:

—¿Es que has perdido la cabeza? Mira a tu alrededor, escucha lo que dicen tus amigos de la universidad, esos nacionalistas, ¡fascistas sin conciencia es lo que son, te digo, el nacionalismo está en todas partes, y, si nos dejan, nos matare-

mos unos a otros! —concluyó, y señaló con el dedo la pantalla, ahora oscura—. Escucha cómo hablan de los abjasios tus amigos; hace poco fui a la biblioteca y me encontré a Kote, el de Filología Inglesa, y me quedé de piedra cuando me dijo que había que hacer con ellos lo que Stalin ya había puesto en práctica con tanto éxito. Si no están a gusto con nosotros, dijo, que se suban a un barco y se larguen, hay muchos lugares deshabitados en este mundo, en Siberia podrían brindar con sus rusos por la amistad entre los pueblos —imitaba Eter a ese Kote, el de Filología Inglesa, desconocido para nosotros.

—¿Podemos brindar de una vez? —exclamó irritado mi hermano.

—¡No! —rugió Babuda dos—. ¿A quién le sorprende que Kote hable así? ¿A quién? Durante casi setenta años hemos sido esclavos, y la gente empieza al fin a tener deseos, ¿qué es tan difícil de entender? Pero por cómo hablas advierto lo fantástico que es el funcionamiento de la propaganda: han exterminado a tu familia, y aun así los proteges y quieres seguir siendo su esclava.

—Tus amigos y tú estáis ciegos y sordos, y hundidos en vuestro patriotismo nacionalista degenerado. Sí, somos los mejores, los más estupendos, y nuestra cultura es la más grande, somos el país feliz, bendecido por Dios, y todos nos envidian, ¿de veras te crees todas esas sandeces?

Eter miraba en torno con dramatismo.

Rati, cuya rabia creciente se dejaba sentir en el temblor de las aletas de su nariz, bajó un instante la mirada para evitar el patético parpadeo de Oliko.

Eter continuó:

—Todo va a irse al cuerno de una manera u otra, mira a tu alrededor, el país está en las últimas, ahora mismo los rusos ya tienen suficientes problemas propios, no podrán mantener las repúblicas de la Unión. Ya has visto cómo reaccionaron el 9 de abril. Es que no quiero más derramamiento de sangre sin sentido, y punto. (pp. 146-148)

---

## RATI

Oigo a mi hermano gritar a través de los tiempos. Le oigo exponer con vehemencia sus argumentos contra mi padre, los oigo discutir a ambos, no, nunca podrán conciliar sus visiones del mundo, nunca podrán compartir sus valores, y nunca dejarán de enfurecerse el uno contra el otro.

—Al contrario que tus políticos de mierda, ellos mantienen su palabra. Son hombres de una pieza, que no hacen promesas vacías. Le quitan algo a alguien que nos roba a todos, y lo reparten limpiamente. ¡No dejan a su comunidad en la estacada, como hace tu mierda de autoridad! ¡Para ellos, el concepto de honor aún tiene sentido! —oigo a Rati increpar a mi padre—. ¡Porque tu puto Estado, y tú mismo lo sabes, papá, es el mayor ladrón de todos! (pp. 126-127)

Rati. ¿Cuál de los muchos Ratis me estará mirando desde estas paredes, ante cuál me detendré más tiempo? Vuelvo a tener delante todo su contradictorio carácter, su facilísima ternura, dulce como la miel, que podía alternarse con una ira biliosa y

una ardiente rabia. Él me orientó, él fue mi timonel hacia el mundo impenetrable de los adultos. Y él me dio su recuerdo directo de nuestra madre. Es curioso, pienso, que fuera precisamente Rati el que en mi infancia me daba la mayor seguridad y estabilidad. Cuánto necesitaba su acalorada cabeza, su temperamento efervescente, su capacidad para el entusiasmo y su sentido de la justicia. Todo en él estaba relacionado con nuestra madre muerta; ella era su templo, su santa, su medida. Veneraba la imagen que tenía de ella, y atribuía a su carácter diferente un valor tan alto que, con el paso de los años, sería la legitimación y la clave de cuanto él mismo hiciera. El reverso de esto era que echaba a nuestro padre la culpa de todo: de todos los sueños destruidos, de todas las decepciones y, en particular, de haber crecido sin madre. En su concepción, nuestra madre estaba libre de toda mácula, a lo largo de los años levantó en su memoria una especie de altar en el que únicamente lo bueno tenía cabida, y naturalmente nuestro padre jamás tuvo una sola oportunidad frente a una muerta. En algún momento, para él estuvo claro que nuestro padre tenía que haber empujado a huir a nuestra madre. Por infundado que fuera, para Rati resultaba más fácil tener un culpable al que poder señalar con el dedo cuando perdía el control sobre algo. (pp. 149-150)

---

## SALVAR AL PELIRROJO O SALVARSE A UNA MISMA

—¿O queréis quedaros? Tu amiga parece bastante intrigada. ¿Te gustan las ar-

mas, los tipos fuertes con armas, chica? —preguntó, y rio a carcajadas.

Luego se volvió de nuevo hacia su víctima, volvió a darle una patada en el costado y le rugió, de tal modo que salpicó saliva:

—¡Necesito el dinero, hoy mismo! Os lo he dicho, os lo he dicho, ¿no es cierto, pederasta? Lo necesito hoy, no mañana, no pasado mañana. ¿Se lo he dicho a tu estúpido amigo o no? Que ese aborto de amigo tuyo esté liquidado solo es culpa tuya, y, si no me dices ahora mismo de dónde saco el dinero, vas a terminar exactamente igual, maricón, ¿me has entendido? —Se inclinó hacia él y le apretó el cañón del fusil en la mejilla. El pelirrojo no se movió.

—Lo has matado, sencillamente lo has matado, rata, lo has... —murmuró, incorporándose con mucho esfuerzo.

—Basta, has agotado mi paciencia. Dime dónde está mi dinero, o tus tripas irán a parar encima de tu amigo.

—No tengo el dinero. No he visto nada de ese dinero. Ni siquiera juego. Lo has matado... ¿Qué más quieres? Y deja que las chicas se vayan, deja que se vayan. No tienen nada que ver con esto.

Aquella frase hizo que se me helara la sangre en las venas. Cogí la mano de Dina y di un paso inseguro hacia delante.

La detonación explotó en mis oídos, un silbido agudo se tendió sobre todo. Aquel disparo era distinto de los anteriores, supe de manera instintiva que no había disparado al aire, sino que perseguía un claro objetivo: una vida humana. Solo con retraso me di cuenta

de que Dina gritaba como si la estuvieran despellejando, y con su voz se mezclaba otra, más grave, la del pelirrojo, al que habían disparado en la pierna y que se retorció de dolor.

—Te doy exactamente quince minutos para decirme de dónde saco el dinero, chupapollas, luego te volaré el cerebro por los aires.

Todo es ahora, todo se borra, todo lo ocurrido, todo lo venidero, todo se ha borrado. Oigo latir mi corazón, y en mi cabeza pulsa una sola idea: tenemos que escapar de la muerte. Y tomo una decisión que no tiene vuelta atrás, me aparto un paso de mí misma, de lo que creía ser. Opto por Dina y por mi vida y por el futuro de mi hermano, que llevo en el bolsillo de mi abrigo. Opto en contra del pelirrojo.

La oscuridad iba a tragarnos en cualquier instante, iba a hacer imposible la fuga sobre la tubería que cruzaba el barranco a una altura vertiginosa. Agarré la mano de Dina y la arrastré detrás de mí, sorprendida yo misma por la claridad de mis pensamientos, porque lograra dejar de pensar en el chico muerto del suelo, y en vez de eso pensara en Rati y su puesta en libertad. Esperaba oír un grito en cualquier momento, esperaba que aquellos hombres nos detuvieran, que nos arrastraran de vuelta con ellos, pero no ocurrió nada parecido. Así que mis pasos se hicieron cada vez más rápidos, mi presa cada vez más firme. Oía a Dina jadear detrás de mí, pero de su boca no salía sonido alguno, y yo le estaba agradecida por aquel silencio sin resistencia. (pp. 312-314)

## LA JUVENTUD PERDIDA

Mientras escuchábamos el desgarrador monólogo de Nene, debajo de nosotras, por debajo de las ásperas peñas y espesos abetos, de los raíles del ferrocarril de cremallera, de la iglesia del Padre David y el Panteón, de las adoquinadas laderas de Mtatsminda y el barrio de Sololaki, sonaba el primer disparo. El día antes, en Alma-Ata, la actual Almaty, se había decidido la disolución de la URSS. Georgia, como también los Estados Bálticos, se había negado a ingresar en la recién fundada Comunidad de Estados Independientes, organización regulada por Rusia. «¡Rusia no va a dejar como si nada que las cosas se queden así!», había comentado mi padre, sentado delante del televisor, y su madre había estado de acuerdo: «¡Te digo que ese idiota va a sacrificar el país entero por su ego!». Naturalmente, esa frase, referida al presidente georgiano, iba destinada a Oliko, sentada en la habitación de al lado. «¡Alegraos de que lo tenemos, sin él hace mucho que estaríamos perdidos!», el comentario desde el cuarto contiguo no se hizo esperar. El presidente había despojado hacía poco de su poder a la «guardia nacional», lentamente surgida bajo su control, y amenazaba con disolverla. Pero el vividor, nombrado antaño su jefe por el propio presidente, un bohemio con aspecto de mafioso, negó su obediencia y se retiró con sus alrededor de quince mil hombres al lago de Tbilisi. Anunció que iba a unirse a la oposición, e hizo sacar de la cárcel al caudillo militar y dramaturgo Dzhaba, encarcelado por el presidente, que se unió a la resistencia con su

potente ejército Mjedrioni, sediento de acción. Junto a él, fueron liberados de la cárcel otros ocho mil presos encarcelados por delitos graves, que echaron todos ellos mano a las armas e inundaron las calles para prestar apoyo a los opositores. Tan solo un día después de la disolución del Imperio rojo, aquel dúo, junto con los seguidores del presidente, convirtió en pocas horas el centro de Tbilisi en un escenario bélico. Se emplearon Káláshnikov, trasladaron al presidente a un búnker, varios edificios fueron ocupados y en ellos se instalaron francotiradores.

Pero nosotras aún no sospechábamos nada de todo aquello, estábamos sentadas, a medio camino del cielo, en nuestra chirriante góndola, bebíamos coñac y tratábamos de celebrar el amor de Nene, hacíamos callar nuestros temores y bebíamos para darnos valor. Comimos el sabroso pan salado georgiano, un bien por entonces inusual, que Nene había llevado consigo, las patatas asadas que había llevado yo y el bizcocho de polvo de leche que había traído Ira, mientras a nuestros pies la ciudad temblaba y el bulevar Rustaveli se veía rodeado de tanques, como ya había ocurrido hacía dos años, con la diferencia de que entonces eran tanques rusos. Ahora eran georgianos los que se lanzaban unos contra otros, ahora se trataba de personas que afirmaban querer tanto a su país que tenían que recurrir a las armas. El fuego estalló y las llamas lamieron con sus lenguas hambrientas los espléndidos edificios de la calle mayor: el edificio del Parlamento, la Primera Escuela, el hotel Majestic, realmente majestuoso, que hacia finales del siglo anterior había recibi-



do huéspedes de todo el mundo y más tarde, como hotel socialista modelo, había sido rebautizado como hotel Tbilisi; todos fueron devorados por las llamas. Pero nosotras no sabíamos nada, aún estábamos demasiado cerca del cielo. (pp. 287-289)

### LA VIOLENCIA PATRIARCAL

Fue hacia la puerta. Él saltó y se interpuso en su camino. Le agarró la muñeca, tiró de ella, la cogió, la sacudió, estaba fuera de sí, ya no era él mismo, o quizá era más él que nunca. Ella le miró, le hacía daño, el mismo cuerpo que hacía tan poco tiempo le había proporcionado tales alegrías, un goce tan arrebatador. Tomó distancia y le abofeteó con todas sus fuerzas. Él la empujó, la lanzó contra la pared, el reloj se soltó de su clavo, cayó al suelo, en el cuarto de al lado se oyeron pasos apresurados, las Babudas venían corriendo. Él rugía, maldiciendo al mundo entero.

—¿Te ha gustado? ¿Te ha gustado, puta? —Empezó a sollozar. Lloraba como un niño—. Lo mataré y luego te mataré a ti, ¡te mataré, Dina!

Babuda dos abrió la puerta de golpe.

—¡Largo, largaos todos! —gritó él con voz ahogada.

—Lo siento muchísimo, Rati, pero no tenía elección. Sexo con él o la muerte de un ser humano... Ya ves por lo que opté. Ahora te toca a ti sacar conclusiones.

Pasó por delante de él, que no la retuvo; estaba rígido como una estatua, y tuvo que pasar también por delante

de las dos perplejas Babudas, les brindó una cansada sonrisa, cerró la puerta tras de sí y desapareció en la noche. Tan solo unos pocos minutos después, el silencio nocturno se vio roto por el alarido de una sirena envejecida, no del todo intacta, y una traqueteante ambulancia entró en el patio con las luces azules apagadas. Dos hombres corrieron a la casa de dos pisos que había enfrente de la nuestra y sacaron, al poco, el cuerpo inanimado de tío Givi. Su corazón se había parado. Al fondo se oía su querido Shostakóvich; si no me equivoco, era la Novena sinfonía. (pp. 434-435)

### LA CONCIENCIA POLÍTICA QUE SE DESPIERTA

—¿No empiezas a estar harta de toda esta locura?

—Esta es la época en la que vivimos. La mitad de la población de Abjasia son georgianos. No creo que digan: muy bien, nos vamos, coged los fusiles rusos y proclamad vuestra independencia —se indignó Dina.

Me pregunté desde cuándo le interesaba tanto la política, y también si aquello tenía que ver con los acontecimientos del zoo o con su trabajo en la redacción.

—¿Y no crees que nosotros tenemos la misma culpa? —preguntó Ira—. Quiero decir, nuestro presidente no ha hecho más que gritar eslóganes nacionalistas, «¡Georgia para los georgianos!», y esas cosas. O sea, ¿cuántas etnias distintas viven aquí? ¿Es que todos ellos no son georgianos? ¿Quién decide quién

es georgiano y quién no, quién decide acerca de tu identidad?

—Un momento, un momento, Abjasia tiene que esperar... ¡Tenemos que ocuparnos de Nene! —No me apetecía aquella discusión, quería volver a hablar de nuestra amiga.

—Sí, tienes razón. —Dina, como siempre increíblemente rápida en sus saltos mentales, asintió—. Esta vez, tenemos que hacerle sentir que puede contar con nosotras. Que somos sus amigas, y apoyamos sus decisiones. Y, si quiere largarse, hemos de ayudarla. Tendríamos que haberlo hecho antes, haberlos ayudado a ella y a Saba...

De repente, me sentí exhausta. Mi paz veraniega no había sido más que una bambalina. Volvía a estar en el epicentro de los hechos, absorbida por vertiginosos acontecimientos. Suspiré y apoyé la cabeza en la fresca mesa de metal. Dina me la acarició con ternura. Cuánto hubiera querido hacer retroceder el tiempo hasta el día en que habíamos entrado al jardín botánico para saltar desde lo alto de las rocas a las aguas oscuras. Qué fácil parecía todo entonces, el futuro se extendía ante nosotras como un libro redactado en una escritura secreta, que solo teníamos que aprender a descifrar.

—¿Qué pasa? ¿No estás de acuerdo? —Ira parecía ligeramente irritada, como si no aceptara réplica, como si ya no le quedara paciencia para otras opiniones. Me miraba fijamente.

—Claro que lo estoy. Pero me pregunto: ¿qué podemos hacer? Quiero decir, algo que de verdad consiga algo —susurré, en mi agotamiento. (pp. 392-393)

## LOS AMANTES DE TBILISI

Rati y Dina fueron los primeros en tomar por asalto la parte despejada del salón, y atrajeron todas las miradas. La época de las llamadas telefónicas y los encuentros a escondidas había quedado atrás de una vez por todas para ellos. A mi hermano le parecía que Dina ya era lo bastante mayor como para airear el secreto de su soledad, que hacía mucho que ya no lo era. Aquella noche, ambos estaban tan embriagados por su inconcebible dicha que habrían querido gritársela a la cara al mundo.

La mayoría se habían levantado de la mesa y estaban repartidos por la estancia con sus copas, o se sentaban en grupitos en los rincones y charlaban. Los más curtidos, como Zotne Koridze, se habían quedado sentados y seguían bebiendo de manera férrea. La música subió de volumen, un signo de que la pista de baile había quedado despejada. Todas las miradas se volvieron hacia Rati y Dina, nadie se atrevía a hacerles la competencia, los miraban asombrados, admirativos, como si se tratara de una pareja de novios en el primer baile de su boda. Eran guapos y su baile era furioso, se bastaban a sí mismos, todo a su alrededor se desprendía de ellos, como en un ritual liberador o un exorcismo. Cuando la canción se acabó y su número, que parecía estudiado, hubo llegado a su fin, también los otros se atrevieron a salir a la pista. (p. 177)

Estaba tan horrorizada que no sabía qué decir. Miré la espalda desnuda de Rati, vi a su lado los símbolos de nuestra ruina familiar: la odiada cuchara, el meche-



ro, el cinturón y una jeringuilla estaban dispuestos junto al colchón como piezas asépticamente alineadas de una exposición. Negué con la cabeza, no hice otra cosa que negar con la cabeza, mientras Dina tiraba de mi brazo y me sacaba de la habitación.

—¿Qué tenía que hacer? ¿Echarle como a un perro? ¡Míralo! ¿Hubieras preferido que se pinchara en cualquier sótano lleno de mierda, o en el pasillo de una casa, donde pudieran pillarle?

Estuve a punto de darle una bofetada.

—¿Te das cuenta del infierno que estoy viviendo por su culpa? ¿Te das cuenta de lo que mi familia tiene que aguantar por él? ¡Me dedico a restaurar cualquier casa de mierda de cualquier estúpido nuevo rico para pagar sus deudas! ¡Ten claro lo que pasa con él! Mientras recorro toda la ciudad buscándolo, día y noche, ¿tú le dejas pincharse heroína aquí? ¿Qué tienes en la cabeza, maldita sea, qué es lo que no te funciona? ¿Cuánto lleváis con esto? ¿También le das dinero para que pille el material? ¿Es así?

Estaba fuera de mí, gritaba mientras ella me arrastraba lejos de la puerta y me apretaba contra la pared del oscuro pasillo.

—Tranquilízate, mírame, tranquilízate... Puedo explicártelo todo, puedo explicártelo todo... Keto, mírame, soy yo.

Las lágrimas corrían por sus mejillas.

—¿De veras eres tú? Ya no te conozco. Ya no quieres tener nada que ver conmigo. Y, dicho sea con toda sinceridad: ¡tampoco yo quiero a una traidora como amiga! ¡Y ahora suéltame, maldita sea!

Pero ella no me soltó.

—Me he perdido, Keto. Me he equivocado, me he dicho que podía empezar de cero, pero el pasado no desaparece así como así. Primero el escándalo con Ira, luego la detención de Zotne, y ahora Rati... Cuando apareció aquí hace unas semanas, pensé que tenía que dejar de imaginarme cosas y ayudarlo. Sí, pensé que al menos le podía ayudar. Y que podía saldar mis deudas de una vez por todas si le sacaba de esta mierda.

—¿De qué deudas estás hablando? ¡Ayudarlo! Este ya no es Rati, es un monstruo, un monstruo que lo vende todo y a todos para conseguir la siguiente dosis. ¡No lo comprendes! Quieres jugar a rescatadora, pero no es el marco adecuado. Está enfermo, Dina, hace meses que no intento otra cosa que sacarlo de esta mierda, pero se hunde cada vez más en ella.

De pronto, ella comenzó a sollozar de un modo tan desgarrador que la apreté instintivamente contra mi pecho. Y, sin más, empezó a hablarme de la noche con Zotne, por primera vez me habló de los besos que habían intercambiado, de las palabras que se habían dicho, de los sentimientos que hubo que aturdir cuando, con sus botas blancas y su minifalda vaquera, fue a casa de Tabora para salvar a Rati, que luchaba ahora por su vida, por su última oportunidad. Yo no entendía por qué estaba dispuesta precisamente ahora, después de todos aquellos años, a iniciarme en ese oscuro capítulo. Se había negado durante todo ese tiempo. ¿Era esa su manera de decirme que quería volver a estar tan desnuda, tan sin protección,

como habíamos estado antaño la una frente a la otra? Como hablaba sin apenas aliento, como su discurso era como una confesión, yo no me atrevía a interrumpirla. Y, mientras contaba, se detenía una y otra vez y hacía preguntas. Preguntas al universo, preguntas a mí, preguntas a mi hermano que deliraba y al lisiado Zotne. Hacía preguntas a un dios que había sido expulsado hacía mucho de nuestro país, con Kaláshnikov e infinita oscuridad, consciente sin duda de que no había respuestas a sus preguntas. Y comprendí que no se trataba de las respuestas. Comprendí que era más bien una oración, y que sus preguntas en forma de exigencia eran un regalo para mí. Un intento desvalido, y aun así apremiante, de reconciliarnos durante una fracción de segundo con lo irreconciliable de nuestro pasado.

Keto, ¿cómo puede volver a crecer el corazón, una vez arrancado?

Keto, ¿cómo es posible no poder dominarse una misma, pero dejar que otro te domine?

Keto, ¿cómo es posible que hallase la felicidad por puro azar junto a Zotne, mientras luchaba por exprimir la felicidad del mundo al lado de Rati?

Keto, ¿cómo es posible que a lo largo de su vida el ser humano no se vuelva inmune al sufrimiento, pero sí al amor? (pp. 700-702)

---

## LA MUERTE DE DINA

Me detengo unos metros más allá, como herida por el rayo. Entro al oscuro pasillo. Y, como siempre, me irrita que no

haya puesto ni una bombilla, una puede romperse la cabeza con esos agujeros en el parquet. Dina siempre tiene luz, así que podría poner una bombilla. Por enésima vez, decido comprar una maldita bombilla. Sigo andando, con dos delgadas bolsas de plástico con alimentos, ese día he cobrado y quiero darle a Dina una alegría. Me ha prometido que haremos juntas la selección de fotos para la exposición, el plazo termina mañana, los organizadores no pueden esperar más tiempo. Me detengo ante la puerta acolchada de color vino. Llamo. Nuestra llamada, dos golpes rápidos encadenados, una pausa, y luego otro. Espero. Nadie me abre. Veo luz por la rendija. Quizá haya bajado un momento al quiosco, a comprar cigarrillos. No pienso en nada al presionar el picaporte, que cede. Si no estuviera, seguro que habría cerrado, seguimos en caída libre, aquí no se puede dejar nada abierto. Es probable que esté en el baño, al otro lado del pasillo. O en el cuarto oscuro, que está bastante bien aislado. Entro a la sala, manejando las bolsas, trato de depositarlas con cuidado para que no se caiga nada fuera. Y me detengo, de piedra, mientras todavía estoy agachada. Veo sus pies. Sus pies... en el aire. Sus pies no pueden estar en el aire, ¿o es que se ha hecho unas alas y ha aprendido a volar? No entiendo nada. Me incorporo muy despacio, miro a mi alrededor, veo una silla volcada, una anilla de gimnasia cortada que yace en el suelo junto a la silla. Mi mirada se dirige a sus pies desnudos, con las uñas cortas y redondeadas. Mi mirada sube por sus piernas vestidas con vaqueros claros, por el jersey azul oscuro que ha traído de

Riga, que tanto me gusta y que tantas veces ha querido regalarme, pero que a mí me gusta en ella, y solo en ella. Mi mirada sigue subiendo hasta sus estrechos hombros y su orgulloso cuello, en torno al cual hay atada una gruesa soga. Estoy muda. Sigo sin entender lo que veo. Mi cerebro se niega a dar un sentido a esa espantosa imagen. Miro al suelo, a la anilla cortada, de pronto sin objeto. Vuelvo a alzar la vista. Y esta vez la miro a la cara. Su rostro tiene un color enfermizo. Está ligeramente amarillado. Y entonces, de golpe, me acomete una ajena pulsión de actuar, ese color enfermizo tiene que desaparecer de su rostro. Tengo una misión. Enderezo la silla, me subo encima, abrazo sus piernas, la levanto, es tan pesada, Dios mío es tan pesada, ¿por qué es tan pesada? Me tambaleo, pierdo el equilibrio, me caigo. No importa, tengo que conseguir que recupere el color sano de su rostro. Me incorporo, pongo la silla en su sitio, esta vez estoy mejor preparada, vuelvo a levantarla y le digo: «Dina, basta, Dina, tienes que ayudarme, tenemos que bajarte. No puedes quedarte ahí. Tienes un extraño color en el rostro, Dina. No puedes quedarte así. Vamos, te has subido ahí, eso está bastante alto... Haz el favor de bajar, tienes que ayudarme, yo no puedo sola...».

No sé cuánto tiempo paso hablándole, no sé cuánto tiempo exhorto a mi amiga muerta a volver a la vida, cuánto tiempo necesito para comprender que se ha ido para siempre, que todas las puertas están ya cerradas, el regreso es imposible. No sé cuántos intentos hago de librarla de la soga, cuánto tiempo necesito para comprender que su rostro luminoso

no volverá a resplandecer, cuánto tiempo necesito para ser consciente de que nadie me ha perdonado. Ni la vida ni ella. No sé cuándo comprendo que nunca volverá a entrar conmigo por la verja doblada de la calle Engels a abrirme un mundo nuevo del que regresaré más valiente y más adulta. No sé cuándo comprendo que nunca volveré a verla bailar rock'n'roll embriagada y olvidada de sí misma, que nunca volverá a espantar mis miedos y dudas con un movimiento de la mano, que nunca volveré a reír con ella hasta que mi cuerpo se doble de dolor, que nunca volverá a apretarme contra ella y decirme que todo irá bien. No sé cuándo comprendo que nunca volverá a mirarme en toda mi desollada desnudez y me perdonará. No sé cuándo comprendo que nunca volverá a correr junto a mí a través de la noche e, impertérrita e implacable, se detendrá a mitad de camino sobre el Vere y me obligará a hacer lo único correcto para poder seguir viviendo.

Pero en algún momento lo comprendo, grito.

Grito. Grito muy fuerte, entonces y ahora.

Grito hasta que todo el aire escapa de mis pulmones.

Luego me desplomo de rodillas y apoyo la cabeza en la tierra fresca de la noche, y me quedo inmóvil. (pp. 708-710)

---

## KETO MIRA AL FUTURO

Desde mi traslado a Alemania, siempre he puesto un cuidado exquisito en no molestar demasiado a mis congéneres. Siempre he dicho tan solo lo impres-

cindible y medido cuidadosamente mis palabras, me he ejercitado en no asustar en exceso con mi pasado, en vez de eso he hecho más, rápido y bien, las reglas de juego de un mundo pacífico. Siempre he cosechado simpatías con mi anticuado alemán de Hölderlin y Novalis y el inglés especializado que aprendí después, he realizado mi trabajo con más celo y entrega que muchos colegas, no me he hecho acreedora de nada malo, me he impuesto la tarea de ser más ordenada que cualquier otra y he atendido mis deberes cívicos con un sentido casi devoto de la responsabilidad. Durante mis primeros años en Europa, consideraba un gran privilegio poder hacer, tener la oportunidad de hacer, exactamente esto, que se nos había vedado durante todos los años anteriores. Mi recién adquirida autodeterminación en Alemania me parecía un regalo inmerecido, y saqué de él todo el valor y la energía que pude. Puse todo de mi parte para no dejar en herencia a mi hijo las pesadillas de mi pasado, me ejercité en ser obediente servidora de mi libertad. Pude ofrecer a mi hijo todos los privilegios que yo misma nunca pude disfrutar en mi juventud; fui una amiga comprensiva, una colega responsable, a veces hasta una mujer cariñosa... Siempre presté atención a ser mejor, más amable, más servicial, para ser reconocida, aceptada, querida. Pero jamás esperé amor. Jamás he tenido esa pretensión, porque sabía que mi amor a esas personas, esas tareas, esa vida solo era una forma domesticada de amor, aceptable y nunca incondicional, nunca un amor como el que era propio de mi mundo destrozado.

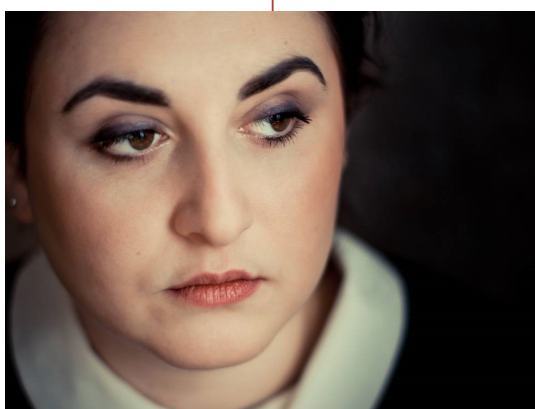
Dejé atrás mi amor en un mundo que ya no existe y que, esta noche, ha estado mirándome desde esas paredes impresionantes. Lo he dejado en un sitio al que jamás volveré, entre personas que solo existen dentro de mi cabeza, en forma de sombras. Mi amor, estoy segura, será también el destino de Ira y Nene: es un amor de dinosaurio, una forma extinguida de amor, sucia y brutal, un amor que desemboca en cuchilladas, heridas sangrientas y disparos, uno acostumbrado a esquivar prohibiciones y barreras, es un amor de camaleón, que tiene que mentir para sobrevivir, sí, tiene que ser así. Nuestro amor no conoce la libertad y la despreocupación, no es fácil y no es en absoluto civilizado, no conoce la ligereza ni la juventud, es un amor que abrumba de manera insana a las personas que no son de este mundo, que las atemoriza y perturba. Y tienen razón. Pero no puedo traicionarlo, no puedo desprenderlo de mí, porque ese amor es el único que tengo. Y, sin tener que preguntarles, sé que esas dos mujeres que se sientan enfrente de mí, que prolongan la noche, que mezclan el pasado con el presente como una bebida preparada con destreza, lo sienten exactamente igual. Y sí, es cierto, las tres sabemos que lo que cuelga expuesto en las blancas paredes de ese hermoso palacio en medio de esta alegre y cálida ciudad muestra en primer término un mundo exótico, un mundo destrozado, mágico, atractivo a los ojos occidentales..., un mundo que a nosotras nos llega para diez vidas. Hemos vivido, hemos vivido por muchos, y no podríamos ser infieles a esa vida solo porque el dolor nunca se apague del todo. (pp. 662-664)

## PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. ¿Cuáles creéis que son los temas principales de *La luz perdida*?
2. ¿Qué es lo que más os ha llamado la atención de la novela? ¿Habíais leído alguna vez algún libro de este estilo? ¿Os ha desanimado o animado su extensión?
3. ¿Qué os ha parecido la estructura del libro, que Nino Haratischwili fuera desenredando la madeja de la historia fotografía a fotografía?
4. Esta historia tiene cuatro protagonistas: Ira, Keto, Dina y Nene. ¿Qué os ha parecido la manera en la que está tejida la historia de su amistad?
5. ¿Os habéis sentido identificados con alguna de las protagonistas en algún momento?
6. ¿Creéis que es una novela feminista?
7. ¿Qué os ha parecido el ritmo y la narración?
8. ¿Qué papel juegan los hombres en la historia?
9. ¿Creéis que Georgia es un personaje más de esta novela? ¿Conocíais algo de la historia política del país?

10. Entre Ira y Dina siempre hubo mucha tensión, desde la admiración hasta el rencor, un amplio catálogo de emociones. ¿Pensáis que la autora ha sabido reflejar bien cómo de compleja puede llegar a ser la amistad femenina?
11. ¿Cuántos tipos de violencia sufren las protagonistas de esta novela?
12. ¿Cómo es posible que pese a lo mal que Rati trata a Dina ella no pueda dejarle?
13. ¿Qué representan las babudas, Eter y Oliko?
14. ¿Qué peso tiene la familia y la tradición en la vida de las cuatro protagonistas?
15. ¿Qué papel juegan las clases sociales y la precariedad en la novela?
16. ¿Qué impresión os provocó el suicidio de Dina al final de la novela? ¿Por qué creéis que la autora decide desvelar el final desde el principio? ¿Qué pretende conseguir con ello?
17. Si habéis leído alguna de las novelas anteriores de Nino Haratischwili, ¿creéis que hay puntos de conexión entre sus historias?
18. ¿A qué otros libros os recuerda? ¿Conocéis la tetralogía de Elena Ferrante? ¿Os ha resonado la historia de las *Dos amigas* de la escritora italiana en *La luz perdida* de Nino Haratischwili?
19. ¿Creéis que esta novela puede ayudar a las mujeres a identificar la violencia de género?

## LA AUTORA



**NINO HARATISCHWILI** nació en Tbilisi, Georgia, en 1983 y vive en Alemania desde 2003. Además de novelista, es también dramaturga y directora de teatro. *La octava vida (para Brilka)* (Alfaguara, 2018), su tercera novela, ha sido traducida a veintiocho idiomas y se ha convertido en uno de los títulos más importantes de la literatura europea reciente. Entre los galardones que Haratischwili ha recibido por este libro destacan el Premio Anna Seghers, el Literaturpreis des Kulturkreises der deutschen Wirtschaft (ahora denominado Literaturpreis «Text & Sprache») y el

Premio Bertolt Brecht. Además, la obra fue aclamada por los dos principales medios en alemán, *Der Spiegel* y *Frankfurter Allgemeine Sonntagzeitung*, como la mejor novela del año. *La Gata y el General* (Alfaguara, 2020), finalista del Deutschen Buchpreis, consolidó a Haratischwili como una escritora indispensable de la literatura contemporánea. En enero de 2023 se le concedió la Medalla Carl Zuckmayer, uno de los premios más prestigiosos de Alemania, por su contribución a la lengua y a la literatura del país. *La luz perdida* (Alfaguara, 2023) es su última novela.



## LA CRÍTICA HA DICHO

«Una de las voces más importantes de la literatura alemana».

*Die Zeit*

«La sucesora de Tolstoi».

*Neue Zürcher Zeitung*

«Entre el thriller político, la novela negra, la novela romántica y un minucioso análisis social: una experiencia de lectura fulminante».

Judith Hoffmann, *Ö1*

«Una estrella y un fenómeno extraordinario de la literatura contemporánea alemana. [...] Pocos escritores pueden entrelazar la historia y la ficción de forma tan natural como ella. [...] Una vez que empiezas a leer, no quieres parar».

Christoph Schröder, *Journal Frankfurt*

«La Dostoievski actual, sus obras son una auténtica joya. [...] En un futuro se estudiarán».

Yurena Guerra, *MEW Magazine*

«Nino es tal vez la única voz joven de la literatura en lengua alemana que realmente domina el arte de la narración y no aspira a nada más que a narrar, con un estilo frenético pero también muy orgánico y sereno. [...] La novela es actual y explosiva porque nos recuerda que la libertad [...] puede ser una experiencia colectiva del lado del bien, que puede significar democracia, progreso y solidaridad, y que —como sugiere el final esperanzador de esta gran novela— podemos practicarla en el presente».

Hannah Lühmann, *Die Welt*

«Una novela épica sobre la Georgia post-soviética de los años noventa que nos ayuda a entender la actualidad. En cualquier otro momento ya habría sido una novela increíblemente buena, pero bajo las circunstancias actuales lo es mucho más».

*Der Spiegel*

